



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 11. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 18 Marzo 1876. | Se publica en diez distintos idiomas. — Año XXVI.

SUMARIO.

Revista de Modas, por Joaquina Balmaseda. — Traje para comida ó concierto. — Traje para baile. — Trajes para niña. — Vestido con túnica para señora. — Peinador-bata para jovencita. — Bata corta para niño de 8 á 12 años. — Vestido-blusa para niño pequeño. — Berta-fichú adornada de flores. — Cuerpo de peto para señora. — Salida elegante de teatro. — Vestido con cuerpo abierto sobre chaleco. — Chaqueta con chaleco figurado. — Bata Princesa para casa. — Velo ó fichú de tul bordado. — LITERATURA: La mujer, por Fernando

G. de Salazar. — Poesía dedicada á la Srta. D.^a Concepcion de Estevearena, por Angela Mazzini. — A la Srta. D.^a Maria de Gracia Martí y Olmo, poesía, por Carlos Mestre y Marzal. — Las estaciones, poesía, por Joaquín Olmedilla y Puig. — La hormiga leon, por Víctor Rendu. — La sota de oros, por Adolfo R. Gamez. — Salones y teatros, por Joaquina Balmaseda. — Bibliografía, por Nicasio Alvarez. — Charadas. — Secretos de tocador. — Economía doméstica. — Variedades. — Explicación del figurín.

REVISTA DE MODAS

El mes de Marzo que rejuvenece á la naturaleza, viene á quitar á la Moda la severidad propia del invierno, y como aquella ostenta sus primeras flores, esta muestra sus primeras galas. No me pidais nuevas telas, nuevas hechuras, nuevos adornos... Nada de eso podría ofrecerlos, es decir, casi nada, porque siempre hay algo nuevo que señalar; pero la Moda hasta ahora conserva su mismo carácter, sin que por eso deje de recomendarlos como nueva la Moda primaveral: es el mismo ser rejuvenecido, la flor ya conocida, más fresca y más lozana, la niña que reúne á los encantos de la juventud el talisman de la coquetería. Buscad la Moda en los conciertos de Monasterio, en los paseos, teatros y salones, y no os parecerá la misma que conocéis; las telas son más claras, las hechuras parecen más ligeras, y el todo más risueño y encantador. Es la primavera, que tiende su mágico velo sobre todo lo que admiran nuestros ojos y presta su encanto á todo cuanto toca.

En hechuras, sostienen las mismas, sin que por eso deje de hallarse algun vestido de novedad que destaca como un planeta luminoso entre la opaca luz de las estrellas. La forma de túnica parece llamada á disfrutar el mismo favor obtenido durante el invierno, sobre todo para los trajes de calle; pero entre ellas se busca algun detalle nuevo y siempre se encuentra: ya es un recogido, ya un adorno, ya un echarpe ó un lazo de cierto modo colocado, los que dan carácter de novedad á una hechura conocida. Para no entreteneros con vaguedades, sino con detalles prácticos, os describiré dos túnicas, cuyos modelos recibo hoy mismo de París. Es la primera, túnica Princesa por un costado y coraza por el otro, resultando una forma graciosa, atrevida y juvenil: al efecto lleva el delantero izquierdo largo y de amplitud bastante por abajo para cerrar torcido; el costadillo izquierdo y espalda largos tambien como los de toda túnica Princesa, y el costadillo y delanteros derechos del largo de una coraza, cerrando torcida sobre el otro delantero largo, y que se sujeta de abajo sobre la falda del vestido, con presillas y lazos en biés de la misma tela. El modelo de donde tomo estos apuntes es color crema tostado, sobre vestido azul, que se descubre mucho, y del que son las mangas adornadas con lazos de la tela de la túnica. La se-



1. Traje para comida ó concierto.

1 y 2. TRAJES PARA SALON.

2. Traje para baile.

gunda, digna de recomendarse, es de foulard brochado lila y blanco, sin mangas, de forma coraza, y la parte de la falda de mantelo por delante, con dos faldas figuradas por detras por el adorno. Ya veis si pueden hacerse túnicas de novedad aun en medio de lo ya pasado. Como forma de trajes de salon, domina sin embargo el vestido de sola una falda, y me hablan de uno de damasco rosa y color de hoja seca, que ha llamado la atencion en Pa-

ris: el vestido, de gran cola, era por detras de forma Princesa y de coraza por delante, donde dejaba ver una falda rosa con encajes blancos malines adornados de follaje quemado en ligerísimas guinaldas; todos los bordes del traje iban adornados de follaje, y completaban el traje un echarpe rosa sujeto á un lado con grupo de follaje, que se repetía alrededor del escote cuadrado y mangas Luis XV. Como veis, despues de amalgamar dos telas distintas, la Moda se inclina á combinar dos distintas hechuras, porque en todos estos detalles se admira la mitad del cuerpo en coraza y la otra mitad no. Los plegados de organdí al borde interior de los vestidos para salon, es un detalle de muy buen gusto, pero no debe dejarse más que adivinar; nada más ridículo que llevar dos dedos de enagua, que tal parece, asomando por debajo del vestido.

Como adornos de novedad, la Moda quiere enredarnos en mallas tan seductoras, que de seguro nos envolveremos voluntariamente en ellas: se trata de un fleco llamado *Mejicano*, de ancho pié de malla y larga melena, con el cual se adornan los fichús, túnicas y hasta la coraza, al borde inferior. Este adorno está llamado á grande éxito por su riqueza y las graciosas ondulaciones que describe al moverse la figura. Tambien como adornos de primavera, ó sean de trajes ya más ligeros, se habla del bordado *brasileño*, así en entredoses como en encajes bordados en género mate, ó en aplicaciones sobre fondo de tul de punto grueso. Para adornar los vestidos negros, este bordado al aire ó sobre un viso de seda blanco, será de un efecto encantador. No por eso dejarán de llevarse los trenzados y galones que parecen destinados á obtener favor creciente: entre ellos, el diagonal y el brochado en dos tonos son los que ofrecen mayor novedad, sin que dejen de ser estimados los tejidos con plata y oro, sobre todo para trajes de ceremonia.

En sombreros, la forma capota gana terreno, haciéndose el ala de castor blanco con el fondo de faya bullonado, ó toda la capota de granadina con el ala muy fruncida á cordones interiores. El encaje entra por mucho en la combinacion de estos sombreros, y hasta llevan algunos bridas de encaje; dos plumas de distinto color, un lazo con sprit de oro ó de acero y alguna flor, se combinan como adorno, pero es preciso al agrupar tan contrario

elementos, que una mano artística los coloque para que no resulte un sombrero abigarrado y grotesco.

Al hablar de los sprit de acero para los sombreros, se presentan á mi memoria como una mala tentación, los infinitos objetos de gusto que presenta la joyería falsa. Jamás ha hecho tan brillantes alardes, y como no todas las señoras son ricas, no debe condenarse en absoluto la joyería falsa, pero sí debe condenarse el abuso de ella. Si aun la rica debe usarse con economía, la falsa debe excluirse, excepto en aquellos adornos más indispensables, y aun esos elegirlos entre la más fina: el acero bien trabajado figura en primer término, y hay señoras que, aun teniendo buenas joyas, no desdeñan lucir unos pendientes de menudas chispas de acero, un brazalete porta-dicha de acero liso y bruñido, un medallón de facetas, ó cualquiera otro capricho; las turquesas combinadas con chispas de acero pueden permitirse también, y los zafirinos para de noche, nada más que por la noche. El abuso en ciertas cosas es falta de distinción, y otro tanto sucede con el afán de dar al cutis una transparencia y blancura por medio de ciertas preparaciones químicas, que descomponen completamente el rostro y son de un efecto deplorable. El polvo de arroz, y aun la velutina, si no se hace gran abuso de ella, puede permitirse, pero nada más: los otros productos que prometen blanquear, matan el cutis sin conseguirlo, y no debe usarse para su conservación más que colcreamd inglés, el agua de Laferriere para lavarse y el polvo de arroz para enjugar el rostro.

La falta de espacio me priva de poder dar cuenta de las nuevas telas que van llegando á nuestros almacenes, deber que procuraré cumplir en mi próxima revista.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Y 2. TRAJES PARA SALON.

1. *Traje para comida ó concierto.* — (Patron de la túnica: en Setiembre del año anterior). — Vestido de faya con túnica hebrea, que puede hacerse en cachemir, crespón de china ó seda cruda color de crema, adornándose con encaje Chantilly blanco, y á la pegadura galones de oro ó de plata: un broche correspondiente á ellos une bajo el brazo el delantero á la espalda, y cintura Juana de Arco en el mismo metal, cerrada por gran lazo de seda la completa. Lazos y encajes al escote y mangas: diadema de oro ó de plata de filigrana.

2. *Traje para baile.* — El cuerpo-coraza, muy largo por delante y por detras, se hace de faya de color, orillado de dos ó tres bieses de lo mismo, y la falda y echarpe son de tarlatana, adornadas de volantes y de bullones, que pueden fijarse con bieses de la tela de la coraza: la falda, de gran cola, va ceñida por echarpe de la misma tarlatana, cuyos cabos se reunen al costado bajo un grupo de rosas. Camiseta plegada de tarlatana, mangas cortas y corona de rosas en el cabello.

3 Y 4. TRAJES PARA NIÑAS.

3. *Vestido con paletot para niña.* — (Patron del paletot: en el pliego por el derecho, núm. V, y del botín en el mismo por el revés, núm. XIII). — Este modelo presenta un vestido de piqué-muleton, adornado de bordados á la inglesa y soutache, que forma anchas cenefas: este vestido puede muy bien ser falda y paletot como le presenta nuestro grabado, ó de forma de sotana por delante, con la falda plegada por detras debajo de la aldeta, todo en una pieza. Este vestido tiene 52 cents. de largo por delante y 55 por detras, pero la mejor medida es la misma estatura de la niña: el adorno figura cuello de punta, y el echarpe que va anudado encima es de cinta de faya, de 16 cents. de ancho por 150 de largo. Sombrero de cachemir con rizado de raso y botines de muleton-piqué pespunteados á la máquina.

4. *Vestido escotado para niña.* — Está destinado á salon, y puede hacerse de linón ó tarlatana, con falda adornada de volantes bordados ó adornados de puntilla y entredós con coraza escotada y manga corta de bullon. Lazo de cinta sujetando el pelo.

5 Á 9. TRAJES DE SEÑORA Y NIÑOS.

5. *Vestido con coraza para niña.* — (Patron: en el pliego por el revés, núm. XII, figs. 51 á 54). — La coraza, como la muestra el modelo, puede cerrarse con botones por delante ó con trencilla por detras, que es más moderno, y ella y el mantelo son de lana diagonal adornados de trenzados del mismo color. La falda, de lana lisa, lleva un volantito plegado y otro fruncido encima con cabeza: la manga termina con una vuelta.

6. *Vestido para señora.* — (Patron: en los pliegos de

este mismo año). — El gusto de vestidos en dos telas continúa siempre en favor, y el vestido que nos ocupa es de faya y lana: la falda, mangas y adornos son de faya, el resto de la lana brochada en el mismo color. La falda lleva al borde un pequeño plegado con volante encima, orillado de biés de faya y pegado con triple fruncido: la túnica, sin mangas, cierra por detras con trencilla hasta la mitad, rematando sus cordones en borlas y se recoge por algunos frunces, adornándola por detras un lazo de faya igual al biés, de 11 cents., que la guarnece: bieses de faya adornan el cuerpo figurando escote cuadrado, y cordones con borlas cierran las vueltas de manga.

7. *Peñador-bata para niña.* — (Patron: en el pliego por el revés, núm. XI, figs. 45 á 50). — El patron muestra exacto el corte y pliegues de este vestido Princesa y las medidas: las costuras despues de hechas deberán plancharse por el revés para el mejor asiento, y no se forrará sino despues de cosida para que no abulten las costuras. Despues de concluida queda bastante holgada del talle para formar una tabla, indicada tambien en el patron por un punto y una cruz, y el cinturon le sujeta. Nuestro modelo es en diagonal de lana color burdeos, con bieses, cuellos, vueltas de manga y bolsillos ouateados de seda del mismo color. El biés tiene 5 cents. y lleva un soutache á cada orilla.

8. *Bata corta para niño.* — (Patron: en el pliego por el revés, núm. X, figs. 41 á 44). — Está hecha en un tejido gris, adornada de vivos de seda del mismo color y pegados á la máquina: el cuello alto, solapas, vuelta de manga y aberturas de los bolsillos, son de seda con varios órdenes de pespuntos. Los bolsillos, de tela igual, tienen 13 cents. de largo por 12 de ancho, siendo algo oblicua la abertura y cerrando la bata por delante con corchetes y botones de madera: un cordón de lana pasado en las caderas por presillas de tela la completa.

9. *Vestido-blusa para niño.* — (Patron: en números anteriores). — Hácese en escocés gris y azul y puede servir lo mismo para niños que para niñas de 4 á 6 años. El cuello marinero, vueltas de manga y cinturon, son de cachemir azul: botones de acero.

10 Y 11. CUERPOS PARA TRAJE DE BAILE.

El primero muestra una berta-fichú de tul con entredós y encaje al borde, adornada de una guirnalda de violetas que cruza al borde por delante, bajando por detras hasta pasar el talle: este modelo no puede servir más que para un traje de tul ó granadina ligera.

El segundo, núm. 11, lleva patron en el pliego por el revés, núm. VIII; es un cuerpo de petos con berta plegada de tul y grupos de rosas: manga corta de bullon y plegados.

12 Y 13. SALIDA DE BAILE.

(Patron: en el pliego por el revés, núm. VII, figs. 30 á 34).

Segun el color, puede servir este abrigo para salida de baile ó para paseo, presentándole nuestros modelos por delante y por detras y con dos distintos adornos. El primero, de cachemir rosa forrado de seda blanca y guarnecido de cisne, no lleva por complemento más que lazos del mismo color; y el segundo, de cachemir azul, va bordado todo el fondo con soutache de dos tonos azules: el adorno de piel tiene 7 cents. de ancho, y la capucha cortada en abanico va fruncida para pegarse al cuello del abrigo y forrada de seda como él. Para las tardes frescas puede hacerse este mismo abrigo de faya ó cachemir negros con piel oscura ó fleco de pasamanería.

14 Y 15. VESTIDO CON CUERPO ABIERTO Y CHALECO

(Patron: en el pliego por el derecho, núm. II, figuras 5 á 10).

La espalda de este cuerpo que ofrece el núm. 15 es ceñida, mientras que los delanteros bajan holgados sobre un chaleco unido al mismo cuerpo: el chaleco cierra alto, mientras el cuello del vestido cierra en corazon con un lazo. Unos pespuntos á la máquina y pequeños plegados en la aldeta y mangas adornan este cuerpo. Lazos de cinta igual.

16. CUERPO CON CHALECO FIGURADO.

Cualquiera de los patrones de cuerpo ya recibidos por nuestras lectoras, puede servir para este cuerpo de tela de lana, sobre el que se coloca chaleco figurado con faya, completando el adorno bieses y plegados de faya.

17 Á 19. VELO DE TUL BORDADO.

El fondo de tul negro tiene 175 cents. de largo por 70 de ancho, cortado en biés, y lo mismo puede ser el tul liso que de dibujo. El entredós y encaje que le guarnecen lo muestran los núms. 18 y 19, y se bordan con seda negra, sirviéndose de un punzon para abrir los ojitos, y bor-

dándolos á cordoncillo fino: el resto del bordado es á zurcido, y piquillo de encaje termina la guarnicion.

20 Y 21. BATA-PRINCESA.

(Patron: en el pliego por el derecho, núm. I, figuras 1 á 4).

El patron no ofrece más que la parte superior de cada pieza, debiendo continuar el largo de la falda por la direccion misma de las líneas, para lo cual ayuda el pequeño patron completo que ofrece el mismo pliego. El número 20 muestra la bata en poplin rayado azul y gris, con cuello, lazo y botones de seda azul: y el núm. 21 la presenta de cachemir negro con todos los adornos encarnados. El adorno de manga es un biés de 8 cents., orillado de grana, que se coloca sobre la costura exterior en todo su largo, y vueltas igualmente orilladas de grana. Lazos de este color.

JOAQUINA BALMASEDA.



LA MUJER.

(Continuacion.)

De bien antiguo viene el querer descargarse el hombre de todas sus culpas echándolas sobre la mujer. Perpetuándose en su niñez, jamás ha tenido la virtud ni el valor de confesar sus yerros y cargar con su responsabilidad. Así viene sucediendo desde nuestros primeros padres. Adán, y no Eva, recibió de Dios la prohibicion de comer del árbol de la ciencia del bien y del mal. A él, y no á Eva, llamó Dios para hacerle cargos de su pecado: ¿Y cual fué su contestacion? «La mujer que me diste por compañera me dió del árbol y yo comí.» ¡Vaya una excusa! ¡Como si su responsabilidad hubiese sido menor tomando la fruta de mano de Eva que arrancándola del mismo árbol! Si tan fuerte es el hombre ¿por qué no rehusó comer? Adán fué el primer responsable y la causa única de la maldicion de Dios sobre la tierra. He aquí sus palabras: «Por cuanto obedeciste á la voz de tu mujer, y comiste del árbol que te prohibí, diciendo, no comerás de él, maldita será la tierra por amor de tí; con dolor comerás de ella por todos los dias de tu vida. Espinos y cardos te producirá, y comerás yerba del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas á la tierra, porque de ella fuiste tomado, pues polvo eres y á ella serás tornado.» No se diga, pues, que la mujer, que Eva, fué la causa de la maldicion de Dios, sino el hombre, Adán.

Desde entónces viene, como hemos visto, la costumbre de que el hombre culpe injustamente á la mujer de todos los vicios y defectos de que él adolece. «Sin las mujeres, decía Ciceron, los hombres hubieran hablado con los dioses.» Y en otra parte dijo: «Confía tu nave á los vientos y la mar; pero no tu corazon á una mujer, porque las ondas son menos pérfidas que ellas.» ¿Qué contestaria si pudiera preguntarse á aquel hombre tan débil como vanidoso, si murió asesinado por las pérfidas mujeres, ó si fué solo por los benditos de su sexo, sin que en aquellas maquinaciones se hubiese mezclado para nada el otro?

Se comprende que el virtuoso Sócrates, casado con una mujer de pésimo carácter, y que le hacia infeliz, dijese: «Mejor es vivir con un dragon que con una mujer.» Debió decir, que con mi mujer; pero es bien disculpable ese desahogo tratándose de aquella arpía. Sin embargo, no acostumbraba incomodarse por los insultos de ella, pues un dia que encolerizada porque no habia logrado hacerle perder su serenidad, le arrojó á la cabeza una palangana de agua, dijo con mucha gracia Sócrates: «Despues de tanto tronar, habia de venir el aguacero.» Pero lo que no entiendo es que por haber dicho Caton: «Tantos criados tantos enemigos,» haya sacado Montaigne la siguiente deducion: «Esto parece querernos advertir, que hijos, mujer y criados son enemigos nuestros.» Parece imposible que haya quien discurra de ese modo. Ni es ménos raro que Shakespeare quisiera probar que la mujer es frágil, con estas palabras. «Fragilidad, tu nombre es de mujer.» ¿No se le ocurrió que virtud, ciencia, fortaleza, son tambien femeninos, y vicio, crimen, horror, masculinos? Sin embargo, estas son verdaderas pequeñeces que ni siquiera merecen ser citadas. Pero lo que no puede verse sin pena, lo que más me asombra, es cómo el hombre ha podido desarraigar de su corazon y dar completamente al olvido, la sublime pasion del amor, que Dios hiciera germinar en él, como fecundo manantial de todas las virtudes. Y es que á medi-

da que ha ido desapareciendo el amor, se han ido desnaturalizando las acciones virtuosas. Una de las causas que hoy dificultan el matrimonio, es que se ha hecho ya hasta objeto de mofa, y no todos tienen valor bastante para despreciarle. Del hombre honrado se dice que es un tonto; del buen marido y buen padre de familia, que es un pobre hombre, un Juan Lanas. El que para ganar su vida no cuenta más que con su honradez, aptitud é inteligencia, es bien seguro que no halla quien le dé la mano, como no sea para hundirlo más. Hoy se necesita, ante todo, audacia, mucha audacia. Más... ¿a dónde me conduce mi pensamiento? Volvamos, volvamos al punto de partida, y salgamos del lodazal en que sin advertirlo nos íbamos metiendo.

Esa nobilísima pasión que hace brotar raudales de acciones generosas, que conduce hasta al heroísmo, que á un alma débil la torna en valiente y poderosa, que se alimenta de la abnegación y de todas las virtudes, esa llama divina que Dios puso en el corazón humano como contrapeso de todas las amarguras de la vida, el amor, en fin, constituye una esencialísima parte de la existencia de la mujer. Esta, sin el amor, es como un jardín sin flores, como un sol sin luz, como un cielo sin estrellas. «Por el amor, dice Schiller, los dioses son dichosos; por el amor, los hombres se parecen á los dioses; el amor torna el cielo más hermoso y hace de la tierra una mansión celestial.» «En el origen de todas las grandes cosas, ha dicho Lamartine, hay siempre una mujer.» Y también «Mujeres, ángeles mortales, creación divina, único rayo con que se embellece un momento la vida. Vosotras sois en la tierra la pura gota que Dios dejó caer en la copa del ángel, la estrella que brillando en medio de una oscura noche, nos dice que existe otro mundo.» «Las mujeres, dijo Bernardino de Saint-Pierre, son las flores de la vida, como los niños son los frutos.» «Sin la mujer, exclama Chateaubriand, el hombre sería rudo, grosero, salvaje, é ignoraría la gracia, que no es otra cosa que la sonrisa del amor.» Y añade, «La mujer sostiene á su alrededor las flores de la vida, como esas enredaderas de los bosques que adornan el tronco de los árboles con sus guiraldas perfumadas.» «La mujer, prorrumpe Saint-Foix, tiene una sonrisa para todas las alegrías, una lágrima para todos los dolores, un consuelo para todas las desgracias, una excusa para todas las faltas, una oración para todos los infortunios, un consejo para todas las esperanzas.» «El corazón de la mujer, dice también, es un abismo de amor.» «No hay corazón, dice el mismo, donde el amor sea más profundo y apasionado que en el de la mujer. La ternura no tiene manantial más inagotable, el cariño desahogos más sublimes, el sacrificio actos más santos y completos, que en la mujer.»

De un modo análogo se expresan Silvio Pellico, Nadar, Balzac, Malherbe, Michelet, Lessing, La Bruyere, Guyard, Sanial Dubay y otros. Mas para demostrar que el amor es el principal agente de todas las acciones humanas, bastará recordar que, siendo el teatro el espejo de las costumbres, no hay representación teatral ninguna en que no figure el amor como parte muy principal si ha de ofrecer interés al espectador; y eso mismo sucede con los cuentos, novelas é historias en general. Siendo, pues, un sentimiento innato en la humanidad, apenas se concibe cómo el hombre ha podido casi extinguir ese fuego divino en su corazón, esterilizándolo para todas las virtudes que de aquel se originan, y sin que pueda producir otros frutos que el egoísmo, como antítesis del amor, y los vicios que de él se derivan. El hombre, generalmente hablando, ha hecho con su corazón lo que el dueño de un delicioso jardín, que no solo destruyese sus preciosas y odoríferas flores, sino también las semillas de estas y de toda planta salutar, dejándole solamente producir abrojos y maleza. Muerto el amor, muerta la caridad y todo sentimiento noble y generoso. De ahí la depravación de las costumbres. De ahí la indiferencia con que el opulento ve las desgracias ajenas, en las que tal vez no repara, al paso que derrocha en vicios lo que haría felices á numerosas familias. Pero esto no sucede, por punto general, en la mujer. «Las mujeres, dice Cervantes, de su naturaleza son tiernas y compasivas.» «El amigo, ha dicho A. Bougeart, dá cuando le sobra, la mujer dá aún de lo que no tiene bastante.» Entre los innumerables ejemplos que pudiéramos citar de grandiosos hechos que prueban la elevación del alma de la mujer, solamente voy á estampar aquí dos que por casualidad he leído muy pocos días hace. Hélos aquí.

«El Diario Mercantil de Valencia dice que acaba de fallecer en una casa de beneficencia de aquella ciudad una señora que, habiendo heredado de su padre grandes riquezas, ganadas en el juego, las devolvió á los que las habían perdido y se relujo á vivir de la caridad.»

(Se continuará.)

FERNANDO G. DE SALAZAR.

POESÍA

dedicada á

LA SEÑORITA DOÑA CONCEPCION DE ESTEVARENA
espues de haber leído sus
DUDAS Y ESPERANZAS.

Quién eres? ¿Dónde estas? ¿Eres acaso
Génio de luz, con cuyo amor profundo,
Veloz como sutil ave de paso,
Vas sembrando consuelos por el mundo?

Con la sonda de mística creencia,
Al corazón herido vas tocando;
Como sábio Esculapio con su ciencia,
La enfermedad tenaz va aniquilando.

Yo escuché tu cantar... y aunque la mente
La estéril duda sin cesar desecha,
Mústia más de una vez, doblé mi frente,
Hallando el alma su morada estrecha..

¡Rara contradicción! estrecha era,
Y halla no obstante alrededor vacío;
La soledad del alma es triste y fiera,
Y agrava ansiosa su dolor sombrío.

Ya no encuentro perfume entre las flores,
Del mar azul la vista me estremece;
No escucho de las aves sus amores,
Ni el almo sol radiante me parece.

¡Será que con tenaz alevosía
Se oculta el cielo á mis cansados ojos?
¿O sus alas perdió mi fantasía
Hallando en vez de gloria sus despojos?

No, la duda no es la que me alcanza,
Antes lo que me abruma es mi impotencia:
Es que mi mente al más allá se lanza,
Perdiéndose sin brújula ni ciencia.

La fé... tú me la muestras, mas su venda,
Límites pone al pensamiento mío,
Y hace que á mi pesar jamás comprenda
La vida humana en el cadáver frío.

Ángel de paz en esta esfera helada;
Sin duda tú conoces los dolores
Que producen las puntas aceradas,
Que ocultas yacen entre gayas flores.

¡Hermosa es tu misión! feliz aquella
Que aún en su duda tu amistad merece,
Hallando en su horizonte blanca estrella.
Que el hálito del mundo no oscurece.

Bien hayas tú, que establecer la calma
En el marchito corazón deseas,
La fé mostrando por refugio al alma!
¡Por tanto bien, mujer, bendita seas!

Santa Cruz de Tenerife. ANGELA MAZZINI.

Á LA SEÑORITA

DOÑA MARÍA DE GRACIA MARTÍ Y OLMO,

EN EL DÍA DE SU CASAMIENTO.

Radiante de placer y de belleza
Hoy te observo, María,
El camino pisando
Que el Dios de los amores
Alfombró para tí lleno de flores.
El libro al fin de tu amorosa historia
Hoy le cierra la página sublime
De tu esperado enlace.
Ya al término has llegado
Que te pintó tranquilo tu deseo,
Y alumbra tus alegres esponsales
La luminosa antorcha de Himeneo.
Grande tu gozo es hoy, pero en tus ojos
Dibújase sombría una mirada,
Y entre ellos una lágrima sorprende
Que no me admira ni me extraña nada;
Porque es muy natural que se desprenda
Y escalde tu mejilla,
Al dejar para siempre tu morada,
Como deja la tímida ave cilla
Su acostumbrado nido,
Por más que alegre al levantar su vuelo
La espere el valle ó el vergel florido.
No esa lágrima ocultas,
Y viértela, María, presurosa,
Que ella el adiós á tu familia lanza,
Mientras en alas del deber te alejas
A realizar risueña tu esperanza.
Nunca olvidar podrás, ni olvidar debes,
La casa en que naciste;
Ni á la madre que tierna y cariñosa
Cien besos imprimió sobre tu frente;
Ni al padre que tu dicha ha procurado
Activo y diligente;
Y siempre en tu deber tu mente fija,
Sé de esposas modelo,
Sin olvidarte del cariño de hija.
Su bendición con humildad recibe:
Y este día grandioso,
Allá en tu pecho con placer escribe.

Corre veloz en alas del cariño
Al nuevo hogar en que tu esposo aguarda,
Y ambos alegres recorred el suelo
Con indecible paz y bienandanza,
Ya que bendijo vuestra unión el cielo.
La alma virtud en vuestro pecho anide,
Para la dicha vuestro pecho llene;
Y la luna de miel que hoy os alumbra,
Mientras cruceis el mundo os acompañe.
¡Y quiera Dios que su fulgente brillo
El más leve pesar jamás empañe!

Esto te dije en el pasado Octubre
Cuando llevado de mi buen deseo,
Ví en manos del amor brillar la antorcha
Para alumbrar tu plácido himeneo.
Mas pronto de la antorcha
La luz llegó á extinguirse,
Y en lugar de mi canto,
Solo se oyó escapar entre gemidos
De hondo pesar el comprimido llanto.
Crúel enfermedad, desgarradora,
Te hizo ocupar el dolorido lecho
Con tan dura vehemencia,
Que embotados quedaron
Cuantos remedios sugirió la ciencia.
Tu nupcial atavío
Iba á trocarse en funerario luto;
Pero Dios, que los puros corazones
Siempre atiende piadoso,
De tus padres oyó las oraciones,
Y con su mano siempre omnipotente
Cuando todos pensábase perdida,
Tu dormida razón volvió á tu mente,
Y te lanzó á la senda de la vida.
No le olvideis jamás, nuevos esposos:
El vuestro enlace con amor bendiga;
Y próspera fortuna
Do quiera siempre y sin cesar os siga.

12 de Enero 1876.

CÁRLOS MESTRE Y MARZAL.

LAS ESTACIONES.

Cuando contemplo la fugaz carrera
de lo que en torno gira,
y veo deshacer mis ilusiones
cual las hojas caídas,
Solo un consuelo á mi angustiado pecho
donde huye la alegría,
renacer puede, como flor fragante
con el tallo de espinas.

Un rayo solamente de luz, veo
en tiniebla densísima;
una sola esperanza, en este piélago
de nuestro amor la sima.
Y es que al ser la existencia, pasajera
efímera y mezquina,
cuando aquí su misión ha terminado
comienza nueva vida.

Miro la primavera con sus flores
olorosas y erguidas,
del bosque la espesura encantadora
que seduce y fascina.

Del ruiseñor los ecos armoniosos,
con que saluda el día,
y del sol los benéficos ardores
que su lumbrera envía.

Del ambiente gratísimos aromas
y perfumadas brisas
de las límpidas aguas de un arroyo
que en hondo mar espira.

Los primeros albores de una planta
que amorosa nos mira
y comienza á mecerse suavemente
si el céfiro la agita.

Después arrécea el abrasado rayo
del astro que ilumina,
y del estío el ardoroso estío
la convierte en ceniza.

Pero luego los soles del otoño
frutos dan y semillas,
que en magestuoso y corpulento árbol
se verán convertidas,

si el soplo helado de aterido invierno
no malogra su vida
y al tornar la futura primavera
no salda sus brisas.

También en nuestro sér, hay estaciones
que en pos de sí caminan.
Niñez y adolescencia, primavera
con sus dulces sonrisas;
la juventud el caloroso estío,
de ambición infinita.

En la virilidad, se halla el otoño
y la ilusión perdida,
para ser la vejez, el triste invierno
donde todo termina;
ilusiones, ensueños, esperanzas
las glorias y desdichas.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG.

LA HORMIGA LEON.

La hormiga leon, así llamada por ser el Atila, el azote de las hormigas, vive desde su infancia por medios muy ingeniosos. Cuando larva, no anda sino hacia atrás, y por lo tanto, no podría luchar en velocidad con aquel ágil insecto; no obstante, no deja de coger algunos, pues en él la astucia suple la falta de agilidad; les pone trampas y así su mesa está siempre bien servida.

Rival de la nadadora por sus alas transparentes y reticuladas cuando adulto, la hormiga leon, bajo su primera forma, es de un color gris sucio con manchas negras, por lo que se parece algo a la cochinilla. Su cuerpo ovalado está erizado de pequeños tubérculos, la cabeza muy aplastada, carece de boca, sustituyendo a esta varias pinzas, dentelladas, agudas, por medio de las cuales el insecto se apodera de su caza.

La elección de su domicilio está en relación con sus costumbres. Condenado a una vida subterránea y casi estacionaria durante el primer período de su existencia, se establece en los terrenos más areno-

sos y secos. Generalmente planta su tienda en un sitio bañado por el sol y abrigado al mismo tiempo; al pie de una pared ó bien bajo de un árbol cuyas raíces, en parte descubiertas, forman bóveda. Una vez encontrado el lugar, la hormiga leon se pone a trabajar.

Su retiro tiene la forma de embudo, tanto más profundo cuanto más tiempo tiene ó más fuerte es el minero. El trabajo que exige es enorme. Nuestro héroe empieza por trazar el circuito; su cuerpo, enteramente escondido bajo tierra, hace el oficio de reja de arado, rompe la tierra circularmente, hace un surco concéntrico á aquel agujero, empieza otro, después otro, y como va siempre hacia atrás, describe una espiral, cuyo diámetro disminuye progresivamente. Trazado el circuito, la obra no está más que empezada; una operación capital va á necesitar mucha paciencia y energía: se trata de sacar del embudo un cono de arena, cuyo diámetro es igual á la abertura y de una altura igual á las tres cuartas partes del diámetro.

Para resolver este problema, la hormiga leon se para á menudo



3. Vestido para niña. (Patron del paletot: pliego por el derecho, núm. V, figura 24, y del botín, pliego por el revés, núm. XIII, fig. 55).

4. Vestido escotado para niña.



5. Vestido con coraza para niña. (Patron del cuerpo: pliego por el revés, núm. XII, figs. 51 á 54).

6. Vestido con túnica abrochada por la espalda.

7. Peinador-bata para niña. (Patron: pliego por el revés, núm. XI, figs. 45 á 50a)

8. Bata corta para niño. (Patron: pliego por el revés, núm. X, figs. 41 á 44a).

9. Vestido-blusa para niño.

ente plan-
tio bañado
o al mismo
de una
ajo de un
raíces, en
ertas, for-
Una vez
lugar, la
se pone á

ene la for-
lo, tanto
o cuanto
ene ó más
inero. El
exige es
tro héroe
trazar el
ierpo, en-
condido
ce el ofi-
e arado,
ircular-
in surco
aquel
eza otro,
como va
atras,
piral, cu-
minuye
e. Tra-
la obra
e empe-
cion ca-
tar mu-
energía:
car del
de are-
etro es
ra y de
al á las
tes del

r este
ormiga
menudo



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras
Plaza de Isabel 2^a, II. Madrid



l remover
peza, ejecut
anteriores.
peza está p
ecto se de
nera del re
na proutit
cada vuel



12. Salid



10. Berta-fichú para baile

al remover la tierra para cargársela encima de la cabeza, ejecutando esta difícil tarea con una de sus patas anteriores. Como esta lo ejecuta sin interrupción, la cabeza está pronto suficientemente cargada; entonces el insecto se desembaraza de ella arrojándola bruscamente fuera del recinto circular. Esta maniobra la verifica con una prontitud y habilidad sorprendentes. Como se repite cada vuelta de espiral, se concibe que la pata que hace

las funciones de mano concluya por cansarse; la hormiga leon la deja descansar y la reemplaza por la opuesta.

Aquí se presenta una dificultad; la pata auxiliar, para ser de alguna utilidad, debe estar situada, como la primera, hacia la parte interna del agujero, lo que hace necesario que el obrero cambie de posición; este caso estaba previsto y no aparta al insecto del objeto que se propone: la hormiga leon atraviesa la distancia que la separa del punto diametralmente opuesto, y vuelve a verificar sus circunvalaciones en sentido inverso; la escavacion se continúa por medio de la nueva pala.

Hasta aquí la habilidad de la hormiga leon no es superior á la de otros muchos animales, pero hay una circunstancia que, por las dificultades que produce, desarrolla toda la ciencia del insecto y casi lo coloca en el rango de los animales dotados de una especie de inteligencia; hé aquí esta circunstancia: algunas veces sucede que en medio de su trabajo la hormiga leon encuentra un grano de arena de tal grosor, que no puede arrojarlo por medio de su cabeza. ¿Qué hacer?

¿desesperarse? Mal partido, determinacion de los cobardes; seguramente vale más armarse de valor; hé aquí lo que hace este insecto: una vez la cabeza fuera de la arena, se decide á cargar el obstáculo sobre sus hombros; al instante sale de la tierra y se muestra completamente descubierto; se dirige en seguida al grano de arena, que le ofusca, lo examina con atencion, ensaya moverlo, levantarlo y finalmente lo logra. Lo consigue de la manera

siguiente: La extremidad de su vientre se prolonga sobre el grano de arena, y todos los movimientos de su cuerpo están calculados para colocárselo encima de las espaldas: el insecto lo pone en equilibrio por el movimiento alternativo de los anillos de su vientre.

Ya ha conseguido un gran resultado, pero ahora es preciso guardar el equilibrio y subir una pendiente casi cortada á pico. ¡Grave inconveniente! La carga, á pesar de sus precauciones, vacila á derecha é izquierda, pudiendo apenas, despues de algunas oscilaciones, guardar el equilibrio. Pobre hormiga leon, á pesar de sus esfuerzos, algunas veces se le escapa en el preciso momento en que iba á llegar á la cima de la subida; no importa, su confianza no decae, empieza su trabajo tantas veces como la fortuna lo pone á prueba; baja á su agujero, va á buscar al azaroso grano de arena, lo carga de nuevo sobre sus espaldas, vuelve á subir, y no cesa este trabajo de Sísifo hasta que ha dejado su carga á alguna distancia de su retiro. Se ha visto repetir este trabajo seis ó siete veces seguidas á algunos de estos insectos, sin que pensasen nunca en abandonar su empresa.

Finalmente, el trabajo y la perseverancia han triunfado: el embudo está completamente desembarazado de materiales; el insecto no tiene más que tomar paciencia para gozar de



11. Cuerpo escotado de peto. (Patron: pliego por el revés, núm. VIII, figs 35 á 38)

su obra; escondido é inmóvil en el fondo de su agujero, en donde espera la presa que no le es dado perseguir. Esta á veces tarda en venir; el insecto vive de la esperanza; resiste el ayuno hasta que algun gusanillo, una hormiga ó una cochinilla vengán á vagar alrededor del precipicio.

Este es un verdadero abismo, sus bordes son tan escarpados, que apenas el animalillo pone sus piés, de re-



12. Salida de baile. (Véase el núm. 13). (Patron: pliego por el revés, núm. VII, figs. 30 á 34a).



13. Salida de baile. (Véase el núm. 12) (Patron: pliego por el revés, núm. VII, figs. 30 á 34a).

pente las paredes se desmoronan y arrastran en su ruina al imprudente viajero.

En esta extremidad corre un peligro de muerte; demasiado lo sabe el pobre, y por esto se agarra convulsivamente á las ruinas y se esfuerza en subir la movediza pendiente para ganar la tierra firme.

¡Vanos esfuerzos! La hormiga leon, advertida de su presencia por los destrozos producidos en su morada, le arroja una lluvia de arena, se apodera de él, le aturde sacudiéndole con violencia y le introduce en su antro dándole el golpe de gracia para chuparle á su placer. Cuando ha extraído toda la sustancia, lo coloca sobre sus espaldas, arroja á lo lejos el cadáver que no es más que una piel vacía y seca, repara el desorden de su vivienda y vuelve á ponerse en acecho.

Así pasa su juventud la hormiga leon.

Cuando viene la época de su segunda metamorfosis, se fabrica en tierra un capullo sedoso, revestido de arena exteriormente, y allí se cambia en ninfa.

Después de cierto tiempo, la hormiga leon, cansada de su encierro, piensa en librarse de él; para prepararse mejor para la libertad, empieza por cambiar de vestido, se provee de un par de alas, agujerea su cárcel y toma su vuelo.

Pocos días después, pone sus huevos en la arena; habiendo entonces recorrido todas las fases de su existencia.

VÍCTOR RENDU.

LA SOTA DE OROS.

IV.

En una de las más apartadas y sospechosas callejuelas de la ciudad, hacía una rinconada y bajo un farol siempre apagado, se abría una pequeña puerta que desde las doce de la noche en adelante, cedía sin resistencia al menor esfuerzo.

Abierta esta, y después de cerrarse por sí misma y sin ruido alguno, encontraría el lector un largo y angosto callejón sin luz, y á cuyo final brillaba la de una lámparilla tísica, que evitaba un traspas al tropezar con los primeros peldaños de una tortuosa escalera parecida á la que pisa por última vez el reo de muerte.

Por fortuna, á los pocos peldaños se encontraba un descanso y una segunda puerta.

Si el lector tuviese valor bastante para ello, y no le arredrara el aspecto misterioso de la casa, podría empujar esta puerta, que cedía con la misma facilidad que la de la calle.

Al traspasarla, variaba por completo la decoración. Se encontraba una antesala decentemente amueblada y casi con lujo: un criado solícito tomaba el sombrero, el abrigo y el bastón del que se introducía, llevando su solicitud hasta el extremo de limpiarle algunas veces el calzado.

Desde aquella estancia se percibía el sonido que producían las monedas al chocarse; esto, unido al silencio y aspecto del edificio, anunciaba al menos experto, lo que acostumbra á llamarse una casa de juego.

Pero diferenciábase esta de la generalidad, en que á más de la tarjeta de introducción la primera noche, se exigía en las sucesivas á los concurrentes, un santo y seña que tenía algo de masónico.

Otra particularidad había digna de mencionarse; la sala de juego, más elegantemente alhajada que suelen estarlo de ordinario, no presentaba aislada en el centro de la habitación la extensísima mesa cubierta de paño verde, sino que corría esta á lo largo de una de las paredes, quedando encajonada en uno de los ángulos.

La parte de pared que comprendía la mesa, presentaba un hueco de poca altura cubierto de espesa celosía, y que se extendía á todo lo largo de la mesa.

Unos pequeños huecos, de trecho en trecho, permitían sacar una mano más ó menos fina y delicada, y más ó menos cargada de dinero, para depositarlo en la saqueta de mango largo, que el banquero giraba incesantemente en todas direcciones.

Muchos eran los concurrentes, pero difícil hubiera sido conocerlos, en la suma oscuridad que reinaba en la estancia, pues solo sobre el trecho que ocupa una baraja extendida, estaba hábilmente reconcentrada la claridad de una inmensa lámpara.

En el momento de introducir al lector en esta estancia, indudablemente le hubiera impresionado su aspecto.

En derredor de la mesa se agrupaba un público respetable, á juzgar por sus trajes; muchas eran las manos enguantadas con finísima piel de Suecia, y el rastrillo del banquero solo llamaba á sí monedas de oro y billetes de color de rosa.

Excusamos decir que no faltaba Arturo, pues que demasiado comprenderá el lector que solo á él se refiere esta larga preparación.

Acababa de hacerse una jugada; el banquero presentaba silenciosamente una baraja nueva al que tenía á su izquierda para que éste tallara.

No bien cayeron los dos primeros naipes sobre el sitio acostumbra, cuando comenzaron á llover las monedas sobre uno de ellos.

El banquero permanecía indeciso esperando á que terminase aquella granizada de oro.

Arturo, pero no el Arturo que hemos conocido en la tertulia noches anteriores, sino la trasfiguración de éste en el infernal demonio del juego, fijaba una mirada indescriptible en aquella carta que representaba ya un capital, y en su compañera, que parecía brindarle la posesión de aquel monte de oro.

De una en otra erraban sus pupilas, pareciendo querer saltárselos de sus órbitas; sus labios entreabiertos dejaban escapar un aliento fatigoso; su frente había adquirido la transparencia del mármol, y toda su faz una lividez que resaltaba en la sombra.

Tenía en su manos un fajo de billetes, y con un ligero temblor nervioso los doblaba y desdoblaba en indecisión angustiosa.

Solo ese ángel que se inclina sobre nuestra conciencia para leer en ella, y que después fija sus ojos en el cielo para decirle con ellos al Eterno lo que se padece en la tierra, hubiera podido medir la intensidad de su angustia.

En un intervalo en que parecieron cesar las apuestas, asomó una mano de mujer por uno de los huecos de la celosía.

Aquella mano era pequeña y gruesa, pero enguantada con elegancia; debía pertenecer á una mujer algo alejada ya de la primavera de la vida.

El nacimiento del brazo era de una blancura irreprochable, y los encajes por entre que asomaba, debían pertenecer á una mujer elegante.

Nadie pareció extrañarse de esto, sin duda por lo acostumbrado que debía estar la concurrencia á semejantes escenas, é indudablemente nadie desconocía el uso á que se destinaba aquella misteriosa celosía.

La mano que hemos dicho, dejó rodar sobre el tapete una sortija de brillantes, y una voz femenina, algo disfrazada, exclamó alegremente:

—A la sota de oros!...

Esta era la carta abandonada por el público.

Aquella voz fué como un choque eléctrico para Arturo; su semblante varió rápidamente, tomando una expresión indefinible, algo parecida á la de esos retratos de Fausto en que se pinta á Mefistófeles casi perdido en el claro oscuro, inclinándose al oído del sábio.

Habia tomado una resolución: rápidamente arrojó los billetes en la misma dirección que la sortija, repitiendo las palabras de la desconocida.

En aquel momento todos los ojos se dirigieron á la sota de oros; después á las manos del banquero que lentamente y dejándolos resbalar uno sobre otro, iba dejando caer los naipes sobre la mesa.

Indudablemente debía ser grande la emoción de los concurrentes.

Allí se presenciaba lo que más puede interesar al hombre; la lucha de éste con la suerte.

A los pocos instantes se hallaba esta decidida; Arturo estaba completamente arruinado.

Entonces se pudo ver que aún quedaba un billete en sus manos.

De una violenta agitación, su semblante había pasado rápidamente á una serenidad más espantosa todavía.

De repente vióse estrechar convulsivamente entre sus crispados dedos el billete, y reducirlo á menudos fragmentos.

Aquella acción era el grito de espanto del vencido, que sin pedir un inútil socorro, mira ya ante sus ojos la imagen de la muerte.

Todos comprendieron que la diestra que había roto aquel billete, no debía tardar mucho en impulsar el gatillo de una pistola.

Al movimiento que hizo para marcharse, su fisonomía, se encontró un instante en el foco de luz de la lámpara, y casi al mismo tiempo la voz femenina que escuchamos antes, pronunció el nombre de Arturo, con un acento al parecer abogado por un pañuelo.

Se comprendía un movimiento de sorpresa inevitable, seguido de otro de prudencia.

Arturo fijó sus ojos en la celosía; pero imposible á la mirada más suspicaz penetrar en sus huecos.

Después, con un paso seguro, aunque automático, abandonó la estancia, cruzó la antesala sin escuchar la voz del oficioso criado que murmuraba en su oído el santo y seña para la noche próxima, y se le escuchó alejarse gradualmente por la tortuosa escalera.

V.

La habitación que ocupaba Arturo era un piso segundo de una calle céntrica, y todo anunciaba en ella una vida cómoda y agradable.

La noche en que éste perdió su última esperanza, regresó á su cuarto cuando ya se escuchaba por la calle el

paso de los madrugadores y el grito de algunos vendedores.

Salió al encuentro un lacayo de pocos años y le entregó una carta, sin conseguir que su dueño se diese por enterado de lo que le decía al entregársela; tal era su abstracción y abatimiento.

Tomóla maquinalmente, y de igual manera la depositó sobre un buró, dejándose él caer en una butaca y ocultando su rostro entre las manos.

Comprendía toda la inutilidad de su pasado; todo el valor del bien perdido y del tiempo malgastado; se veía desarmado ante la sociedad y sin fuerzas para combatir con ella.

Quizás por un esfuerzo de voluntad podría emplear las fuerzas que su juventud le prestaba todavía, para conquistar un miserable pedazo de pan.

Pero la esfera en que se había agitado le había hecho concebir risueñas esperanzas. Había concluido por creer que le pertenecía aquel mundo, que por un capricho de la suerte se había sostenido artificialmente hasta entonces.

Por tanto, ya en el declive de la caída, Arturo prefería llegar al abismo, más bien que asirse á débiles zarzas que habían de ensangrentar sus manos, y todo lo más retardar su caída.

Los que se crean nacidos para llenar un objeto y ocupar un grado en la escala social, juzgan más lógica la muerte que el descenso.

Un rayo del sol naciente se deslizó por entre los cortinajes del balcón, viniendo á acariciar la pálida frente de Arturo. Este pareció despertar de su profundo abatimiento, y abrió de par en par el balcón, con la avidéz del tísico que ansía respirar un aire que se resiste á penetrar en su pulmón.

Se preparaba un hermoso día: nunca como en esos serenos de primavera se sabe apreciar lo que tiene de bueno nuestra vida.

Arturo sentía penetrar aquella luz, aquel calor suave del mes de Abril y toda la serenidad del día naciente, reanimando su fatigado cuerpo.

A no estar tan preocupado, hubiera visto pararse un sujeto recatándose misteriosamente, bajo su balcón, levantar hacia él su vista, como para reconocerle, y penetrar por último resueltamente en el portal.

En aquel instante, como si resucitara en él la memoria, recordó Arturo la carta que le habían entregado y rompió su sobre, encontrando una esquila de invitación, de sus presuntos padres políticos, para el baile con que aquella noche obsequiaban á sus numerosos amigos.

La esquila iba respaldada por un escrito firmado con el nombre de Amelia.

Hé aquí lo que decía á su prometido esposo:

„Arturo: Tu conducta es casi misteriosa; en el estado en que se hallan nuestras relaciones, hay que dar á ciertos detalles la importancia que la sociedad nos exige.—Hace tres días que no nos vemos, y alguna alma caritativa se ha encargado de hacérmelo notar.—¿Qué te pasa? ¿qué tienes?—Siempre me has llamado tu mejor amiga; este título dá derecho á toda franqueza.—El baile de esta noche es casi una reparación que tenemos que dar al público y en el que no te faltará ocasión de hablar á solas con mi padre.—Si no te ocurre alguna desgracia, para mí sería la mayor el que no nos viéramos esta noche.—Hasta luego.”

El efecto que produjo esta carta en Arturo es fácil de comprender, conocida su situación.

Amaba á Amelia con toda la fuerza de su alma: este nombre era para él sinónimo de felicidad, y tenía que renunciar á ella por el capricho de una suerte, que parecía complacerse en desgarrarle el alma, sin motivo alguno.

Aquella noche podía serlo para él de una completa dicha, pero se había jurado á sí mismo, que la primera luz artificial había de alumbrar su cadáver.

Experimentaba, al pensar en la muerte, lo que el médico enfermo que cuenta por sus pulsaciones los instantes que le quedan de vida.

Una resignación desesperada, si se nos permite la frase, lo dejó sumido en la más profunda atonía.

Poco tiempo había transcurrido de este modo, cuando volvió á penetrar el criado, dejando un voluminoso paquete, próximo á él, sin pronunciar palabra y retirándose de puntillas al creerlo dormido.

El ruido de la puerta lo sacó de su ensimismamiento, reparando en el sobre del paquete, escrito con una letra desconocida.

Al cogerlo, pareció sentir algo de extraordinario, dándole varias vueltas entre sus dedos y contemplándolo con cierta curiosa ansiedad.

Por fin se atrevió á romper el sobre y se creyó presa de una pesadilla, al desparramarse sobre sus rodillas numerosos billetes de banco.

No le acompañaba carta alguna, y solo sí en el reverso del sobrecito se leía con la misma letra de las señas, este lacónico consejo: „Ponedlo á la sota de oros.”

Con una creciente sorpresa, Arturo contó la misma cantidad que había perdido la noche anterior. Lo que le sucedió era inexplicable.

Tiró con fuerza del cordón de la campanilla é interpe-
ló al criado, que acudió presuroso á su sonido:

—¿Quién ha traído esto?...
—Señor, un caballero desconocido, que no ha querido
decir su nombre....

Arturo se creía próximo á la locura.

En aquel instante recordó, que aún en sus momentos
de mayor desesperación, nunca se había atrevido á acu-
sar á la Providencia, y vió entonces, de una manera tan
palpable, su misericordiosa acción, que doblando su ca-
beza sintió que se ensanchaba su espíritu hasta remon-
tarse á la esfera de la tranquilidad eterna.

Poco á poco fué renaciendo á la calma, tratando por
último de reunir todos los datos necesarios para la solu-
ción de aquel enigma.

Entonces recordó, aunque de una manera vaga, aque-
lla voz de mujer, que la noche anterior había pronuncia-
do su nombre en la casa de juego.

Recordó la terrible sota de oros, que le había arrebatado
su última esperanza.

Pero concluyó por declararse vencido y con una ciega
confianza en la Providencia, abrió un pequeño estuche
de ébano, sacó una pistola inglesa de dos cañones y se
puso á descargarla tranquilamente.

Quien lo hubiera visto en esta operación, no hubiese
podido comprender que la misteriosa sonrisa que erraba
por sus labios, era el primer rayo de sol después de una
tempestad horrorosa.

En aquel momento la luz penetraba de lleno en la es-
tancia, haciendo brillar su elegante mobiliario.

Por la calle se escuchaban rodar los carruajes, y de to-
das partes se levantaba un alegre rumor de vida.

Arturo, cediendo al peso de tantas emociones, se des-
plomó en un diván, bañada su faz por la impresión del
enfermo, que ya desahuciado, se siente renacer al influ-
jo de una saludable crisis.

Cuando la primera niebla del sueño comenzó á entor-
pecer su inteligencia, la última idea que vagaba por esta
era la siguiente: «He abusado de la suerte y esta ha
sido demasiado misericordiosa conmigo: es necesario re-
cuperar lo perdido y comenzar una nueva vida.»

(Se continuará).

ADOLFO R. GAMEZ.

SALONES Y TEATROS.

Aunque el excesivo original de escritores distinguidos
que favorecen de continuo las columnas de nuestro se-
manario, nos prive del espacio que deseáramos para
ocuparnos frecuentemente de salones y teatros, hoy va-
mos, aunque sea ligeramente, á consignar algo de lo no-
table que en ellos pasa.

Muchos son este año los salones que tienen el privi-
legio de reunir periódicamente á la buena sociedad de
la corte, citándose entre estos los de los señores de
Ulloa, Barón de Córtes, Marqués de Dos Hermanas, se-
ñores de Luna y el artístico Liceo de Piquer, que hace
este año brillantísima campaña. En estos salones se pa-
san agradablemente las horas, bien consagradas á los
placeres de la música y del baile, bien á las bellezas de
nuestra literatura patria.

Muchas fiestas excepcionales han tenido lugar además
en estos días, unas motivadas por el bullicioso Carnaval
y otras por el fausto suceso que celebra el país, y al que
no puede menos de asociarse todo corazón noble y gene-
roso. De las fiestas extraordinarias que se han celebrado
en el período del Carnaval, figura en primer término el
baile verificado en el palacio de los duques de Bailén,
que como el primero que ofreció á la buena sociedad de
la corte, han sido las dos fiestas notables de la tempora-
da: en la última que tuvo lugar el martes de Carnaval, se
veían con las primeras familias de nuestra aristocracia
los hombres políticos más notables. Merecen también es-
pecial mención el baile de trajes de los señores de Mendo,
el de los señores de Figueras, en el que tuvimos el gusto
de admirar la belleza y elegancia de infinitas damas, en-
tre las que recordamos á la Duquesa de Tetuan, Marque-
sas del Salar, de Folville, de Castilleja, Condesas de He-
redia Spinola, de Antillon, de Bernar, y señoras de Va-
lera, Bazaine, Vargas, Retortillo y otras mil que sería
prolijo enumerar. Otro tanto podemos decir del ofrecido
el sábado de Piñata por los señores de Malpica en sus
salones de la calle de San Martín. Allí estaban represen-
tados dignamente la elegancia, la hermosura, las artes y
las letras: multitud de señoras y señoritas de la buena
sociedad de la corte, lucían caprichosos trajes de máscar-
ra, con los que alternaban otros de sociedad tan ricos
como distinguidos. Dejando, por falta de espacio, de
nombrar á los caballeros, que eran conocidos todos y en
gran número; citaremos por su elegancia y distinción á la
señora de Vargas, siempre elegante y bella, á la Condesa
de Máuri, señoras y señoritas de Bianchi, Burillo, Ca-
viedes, Mozoncillo, Ferraut, Ibañez, Gassó, Torres, Cés-
pedes, Pavon, Jimeno, Leon, Moya y otras muchas que
no puedo recordar, aunque conserva muy gratos recuer-
dos de tan agradable noche, la humilde autora de estos
apuntes. La señora de Malpica, que lucía un rico traje
de faya y damasco, de caprichosa hechura, y su linda
hija, hicieron los honores del salón con la finura que tie-
nen acreditada, sirviéndose durante la noche dulces, pas-
tas y fiambres.

De otras varias fiestas podríamos hablar, pero el espa-

cio nos falta, y no queremos cerrar estos apuntes sin con-
sagrar en nuestro semanario, esencialmente dedicado á la
mujer, un saludo entusiasta á la distinguida escritora
Rosario Acuña. No nos proponemos hablarlos de sus
triumfos, contados en el teatro del Circo por las noches
que se ha verificado su drama *Rienzi el Tribuno*, porque
conocidos son de todo el público que ha acudido en masa
á aplaudirla con frenesí: Rosario Acuña ha dado el primer
paso en la senda del arte, llegando en él á una altu-
ra que no alcanzan muchos hombres después de una vida
entera dedicada á las letras. Su obra juzgada ha sido, y
no nos toca ocuparnos de ella, pero séale permitido á
nuestro periódico, exclusivamente dedicado á la mujer,
tributar nuestros plácemes y saludar con orgullo á la
joven poetisa, cuya aparición en la escena se anuncia
como una gloria de su sexo y de su patria.

Después de estrenado el *Rienzi*, el teatro de Jovella-
nos ha dado ocasión de ser aplaudida en la escena una
vez más á la señorita de Bengoechea, por la música de su
zarzuela *A la fuerza ahorcan*.

¡Llor á las que así saben enaltecer su sexo y consa-
gran las facultades que deben á la Providencia enrique-
ciendo las artes y las letras!

JOAQUINA BALMASEDA.

BIBLIOGRAFIA.

Vamos hoy á saldar deudas antiguas, cuyo retraso en
pagarlas nos ha sido forzosamente impuesto por la falta
de tiempo y espacio en las columnas de este semanario.
Muchas y muy buenas obras se han venido publicando
en estos últimos días, notándose una tendencia constan-
te á rehabilitar la literatura, prostituida poco hace, apli-
cándola, como es su fin, á inculcar las ideas de virtud en
los ánimos perturbados, y á morigerar las costumbres.
Especialísimo interés se revela en todas estas obras por
ilustrar á la mujer y educar al niño, reconocida ya la
importancia de esos débiles seres, sobre los cuales, no
obstante, descansa el edificio social de los siglos venideros.

Uno de estos libros, acaso el mejor pensado y con más
sencillez escrito, es la *Moral infantil*, páginas en verso,
completamente al alcance de los tiernos lectores á quie-
nes se destinan y que tienden á esparcir en su ánimo los
gérmenes del bien. Hay poetas ilustres que por su eleva-
do talento infunden admiración, sin que se piense en su
personalidad; hay otros, que despiertan en el alma una
mágica atracción indefinida; y se les quiere como hom-
bres tanto como se les admira como escritores. D. Ma-
nuel Ossorio y Bernard, autor de la *Moral infantil*, goza
de este noble privilegio, y si se dice de él que es un
hombre de talento, al instante é instintivamente, se añe-
de que es un hombre de bien. Sin embargo, como no es
natural ni sensato basar juicios sobre el aire, diremos
que esto se debe á una reunión de circunstancias que
mejor se sienten que se explican.

En efecto, pocos escritores hay más fecundos que el
Sr. Ossorio; pero en la multitud de artículos y obras que
llevan su firma, jamás hemos advertido ni la menor idea
dudosa ni el menor pensamiento falso, si tienen relación
con el bien y la virtud; su pluma es intachable, la tinta
en que la moja pura, de tal suerte, que sus escritos se
pueden poner siempre, y sin temor ninguno, en manos
de las mujeres y los niños; esto es lo que á nuestro juicio
aiguilata su indisputable mérito.

Y conste que al hablar así, no conocemos al Sr. Osso-
rio ni siquiera de vista, y por lo tanto el juicio que emi-
timos es completamente imparcial.

Sentimos no poder trasladar aquí alguna de las bellas
composiciones que forman el libro, verdadero tesoro que
un padre amante regala á sus hijos, pues á ellos el se-
ñor Ossorio ha dedicado su preciosa obra.

Varias veces hemos hablado de la *Biblioteca de la fa-
milia*, que con tan extraordinario éxito publica en Bar-
celona el Sr. Manero, y creemos que ya la mayor parte
de nuestras suscriptoras la habrán adquirido, dándonos
completamente la razón si hemos encarecido su impor-
tancia, su utilidad y su baratura.

También los Sres. Bastinos, editores de Barcelona, se
afanan por ofrecer á las señoras libros escogidos y ele-
gantemente impresos.

Los últimos son tres tomitos: en el titulado *Guía de
señoritas en el gran mundo*, su autor D. José de Manjar-
rés, inculca las ideas más sanas á las señoras que ocupan
una elevada posición, dándoles consejos y advertencias
sumamente oportunos. En el que lleva por título *Los
deberes maternales*, de la discreta escritora Doña Pilar
de San Juan, se tratan materias de la mayor importan-
cia para las madres, y por último, el Revdo. D. Eduar-
do M. Villarrasa, en el que titula *Influencia del Cris-
tianismo en la mujer*, trata este asunto con grande ele-
vación de miras, con lenguaje fácil y comprensible para
todas las inteligencias, exhortando á sus lectoras al cum-
plimiento de los deberes religiosos y sociales, base de
la verdadera felicidad en este mundo.

El infatigable apologeta de la familia, el fecundo y
reputado escritor D. Teodoro Guerrero, está preparando,
para publicarlo á fin de mes, el segundo tomo de la ya
popular *Biblioteca azul*, que contendrá su preciosa no-
vela *Los mártires del amor*, cuyo éxito sin duda igualará
al del *Escabel de la fortuna*, que tanta aceptación ha
alcanzado.

De otra índole es una novela que con el título de *Mis-
terios del corazón* ha publicado poco hace en Valencia el
aventajado poeta y novelista D. Jacinto Labaila, ya co-
nocido del público por sus anteriores producciones. Es
una obra llena de interés, discretamente escrita, y que
ha valido á su autor muchos plácemes de parte de la
prensa, á los cuales unimos los nuestros humildes, pero
sinceros.

En este momento llega á nuestras manos una preciosa
novela perfectamente impresa, que se titula *El odio de
una mujer*, y que forma parte de la BIBLIOTECA ESPAÑO-
LA, *Obras escogidas de autores contemporáneos*, editada
por el Sr. D. Antonio Castilla.

Con decir el nombre de la autora de esta obra, basta

para que se fenga una idea de su mérito, pues pocos se-
rán los amantes de las letras que no conozcan y aplaudan
á la delicada poetisa doña Patrocinio Biedma. Esta nue-
va producción aguila, si es posible, la justa fama que
ha alcanzado su autora, por la elevación de los pensa-
mientos y lo florido y ameno del lenguaje.

No terminaremos esta breve reseña sin hacer mención
de *Las Tiendas*, diálogos humorísticos, llenos de verdad
y gracia, debidos á la bien cortada pluma de D. Carlos
Frontaura, y cuyas dos primeras ediciones se han agota-
do, bastando esto solo para demostrar la acogida que me-
recen al público. La que acaba de darse á luz es la terce-
ra elegantemente impresa y que se vende á 10 rs. en la
librería de Sanchiz, plaza de Matute, núm. 2.

NICASIO ALVAREZ.

Nuevas soluciones á las charadas y al logogrifo que
aparecieron en el núm. 7, correspondiente al 18 de Fe-
brero, por las Sras. Doña Manuela Perez de Fernandez y
Doña Agustina Samper de Cirer, de Alicante; Doña Fa-
cunda Rios, de Murcia; Doña Cándida Gonzalez, de Al-
cañiz, y Doña Magdalena Juances, de Leon.

Soluciones á las charadas que han aparecido en el nú-
mero 9 de El CORREO correspondiente al 2 de Marzo, por
Doña Camila Mendoza, de Albacete; Doña Alberta Me-
nendez, de Cáceres; Doña Juana Soto, de Alicante; Doña
Francisca Santisteban, de Buitrago; Doña Rosa Gimenez,
de Salvatierra; Doña Lucila de Juan, de Zaragoza, y la
siguiente á la

I.

En el momento que ví
Tu muy sencilla charada,
Recordé que mis abuelos
Del dulce Salterio hablaban.

RAMONA SÍMAN.

II.

FERRERÍA.

CHARADAS.

I.

Prima y segunda ofrécenos
de dicha inmenso piélago,
y en mis dolores tétricos
la nombro sin cesar.

Amorosa solicita
dirigiéndola súplicas
que calme de mi ánimo
tristísimo penar.

De un modo muy monótono
tercia y segunda muévase
por animal cuadrúpedo
que dá vueltas sin fin;

Y cuya suerte misera
es un trabajo impropio
que le reduce á tísico
y así viene á morir.

Para obras de mil géneros
primera y terciá sirven
y mostrarnos políticos
en cualquiera ocasión.

O acaso en premio dásela
al amante tiernísimo
que eterno amor júrasmos
delante del Señor.

Mi todo en el catálogo
do están los santos mártires
si lo buscáis solícitos
muy fácil es de hallar.

Y sin gastar la médula
de su talento lúcido
bien puede el lector crítico
la solución sacar.

RAMONA SÍMAN.

Estrada 5 de Marzo de 1876.

II.

Prima y cuarta es el plural

De un animal conocido;

Y prima y segunda nombre

Con diversos adjetivos;

Y si la terciá se agrega,

Aparece de improviso

Una planta que en el mundo

Hace un inmenso servicio:

Tercia y dos es un adorno

Que hemos varias veces visto

En las corridas de toros

De hechura y color distintos.

Tercia y prima, en conclusion,

Es un fruto conocido:

Su consumo, sin embargo,

No se halla tan extendido

Como el de otros de su especie

Que de América han venido,

Por la suprema razón

De su precio más subido.

Y en realidad no haber nunca

De su clase gran surtido:

El todo es una semilla

Que por cierto no me explico

Cómo á las personas serías

Gusta aun más que á los chiquillos,

Verdad es que sobre gustos

No sé que haya nada escrito:

Si algunos merecen palos

Yo á este no se los aplico,

Que otros habrá aun más raros

Y que de ellos se hagan dignos.

JERÓNIMO COUDER.

Madrid 19 de Febrero 1876.

SECRETOS DE TOCADOR.

Si se quiere teñir el cabello de negro, se puede usar la siguiente preparacion: tómense una onza de mena de plomo y otra de viruta de madera de ébano, y háganse hervir durante media hora, en media azumbre de agua; se añaden dos dracmas de alcanfor, y lavándose el cabello con esta composicion, se obtiene un negro muy hermoso.

El *Agua de belladona* es muy eficaz para conservar á la tez toda su frescura. Basta frotarse el rostro con el jugo ó el agua destilada de esta planta, añadiéndola alguna esencia agradable.

Producen el mismo resultado las flores del mirto, que puestas en infusion y destiladas, dan un agua tan excelente para suavizar y refrescar el cutis, que se le ha puesto el nombre de *Agua de los ángeles*.



15. Espalda del núm. 14. (Patron: pliego por el derecho, núm. II, figs. 5 á 10).



14. Vestido con cuerpo abierto sobre chaleco. (Véase el núm. 15). Patron: pliego por el derecho, núm. II, figs. 5 á 10).

critoras que en este magnífico establecimiento se pona perfectamente á precios muy módicos, y hay un gran surtido en toda clase de peinados de gusto y novedad, como asimismo en objetos de perfumeria.

**

CORSE

LEROY-GISCERT.

Este nuevo sistema de corsé, sujeto el vientre sin ser molesto, proporcionando al cuerpo una gracia y esbtez.

Se fabrica en casa de Mme. Grand Espozy y Mina, 11.

EXPLICACION del

Figurin 1209.

FIG. 1.ª — Traje de sociedad ó teatro. — La cola es de damasco azul, y los volantes blancos de encaje forman un mantel de corte. Los paños de delante van cubiertos de bullonados de tul de seda. Un volante de encaje blanco puesto alrededor de la cola sube en el costado formando escarapelas, en cuyo centro se colocan ramitos de rosas con follaje de oro. Dos volantes de encaje atraviesan el paño de delante en forma de echarpes, y el segundo se anuda por detras. Salida de teatro de siciliana blanca adornada con plumas, cintas de oro y fleco. La hechura de las mangas es muy nueva. Guinalda de flores puestas á la española, esto es, partien-

do de muy abajo.

FIG. 2.ª — Traje de visita ó paseo.

Vestido princesa, de raso negro adornado por delante con cintas de raso ó terciopelo, sujetas con anillas de plata oxidada. Confeccion de siciliana color habana, adornada con piel y anchos galones de plata. La piel puede substituirse con una franja de plumas ó rico fleco. Capota de faya forrada de raso blanco, con bridas y encaje ruso, lazos negros y pluma rizada habana.



ECONOMIA DOMESTICA.

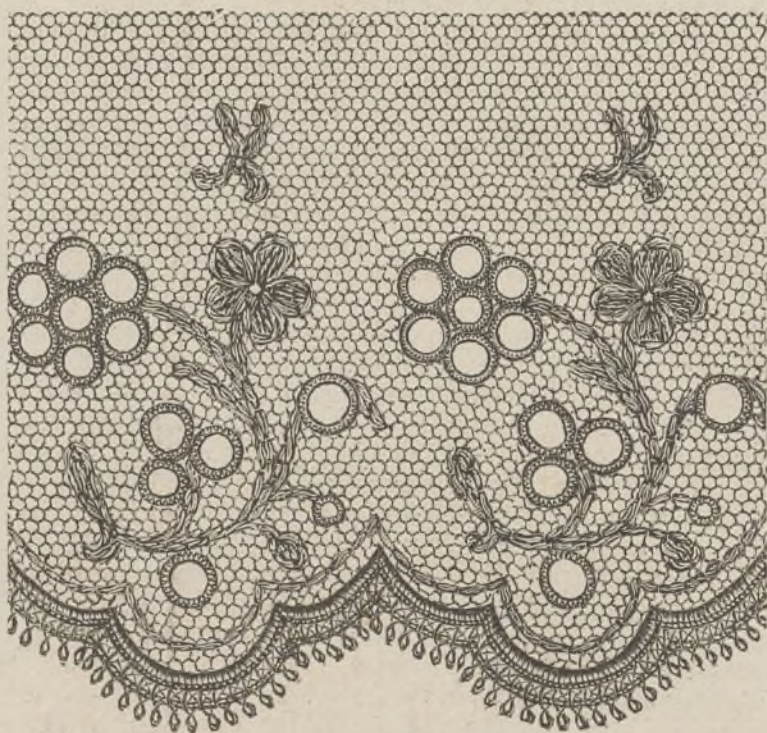
Algunas señoras me preguntan el modo de conservar por algunos dias las carnes y el pescado fresco. La carne y las aves asadas, estando aun calientes, se polvorean de sal, y puestas en un plato, que se cambia cada dia, y cubiertas con un papel, se conservan por

algun tiempo. Al pescado se le quitan las agallas, y se destripa por la abertura de ellas, despues se le introduce azúcar morena en cantidad suficiente para que quede bien penetrado de él, y así se suspende en un lugar en que se renueve el aire.

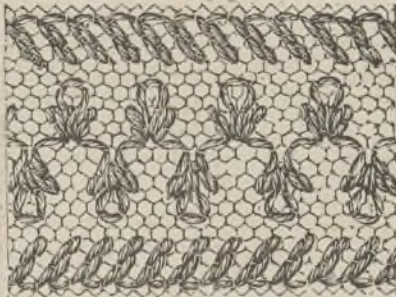
El *Scientific americano* ha publicado poco há las experiencias hechas por el director del jardin botánico de Cheust, Mr. Van Hulle, sobre la planta *Vitoria-regia*, ó azucena de hoja gigantesca. Tendida una



17. Velo ó fichú de tul bordado. (Véanse los núms. 18 y 19).



18. Cenefa para el velo núm. 17.



19. Entredós para el velo núm. 17).

de estas sobre el agua sostuvo á un niño sin hundirse y luego á un hombre, elevando despues el peso hasta llegar á colocar con adrillos 760 libras, que aun sostuvo en parte la hoja ántes de comenzar á hundirse.

LA UNIVERSAL.

PELUQUERIA Y PERFUMERIA
DE DON JOSÉ ROYO
PLAZA DE SANTA ANA, 15,
TRES TIENDAS.

Recordamos á nuestras sus-

21. Espalda de la bata núm. 20. (Patron: pliego por el derecho, núm. I, figs. 1 á 4a).

20. Pata Princesa para casa. (Véase el núm. 21). (Patron: pliego por el derecho, núm. I, figs. 1 á 4a).

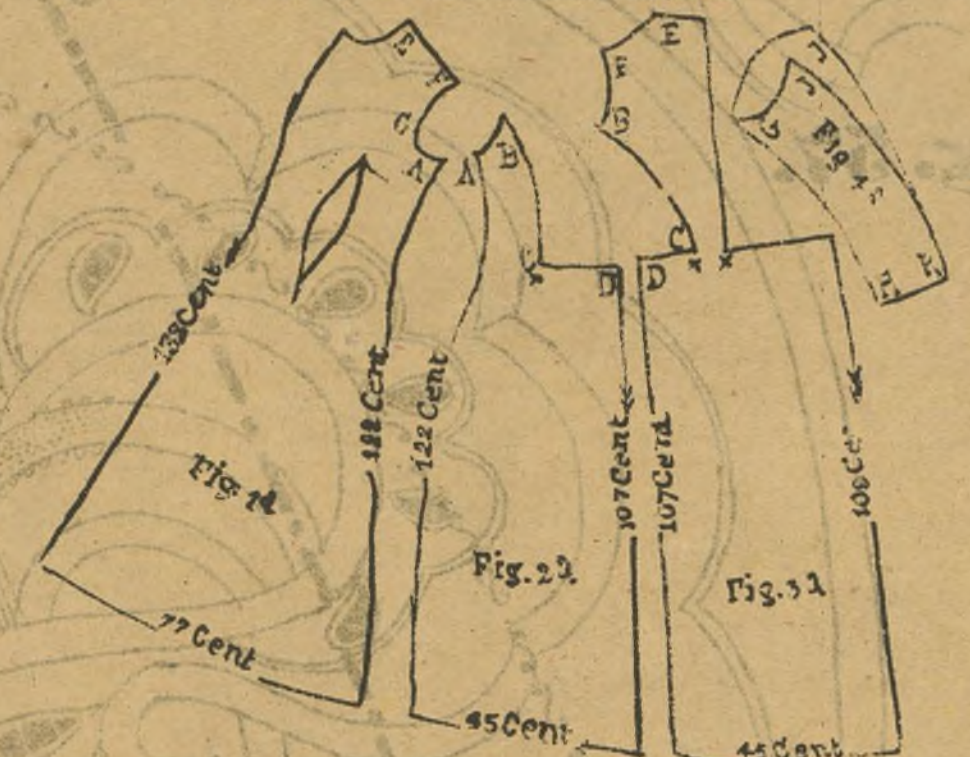
Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª y 4.ª Edicion recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO, y las de la 1.ª, 2.ª y 4.ª el pliego de patrones.

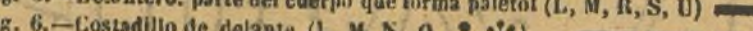



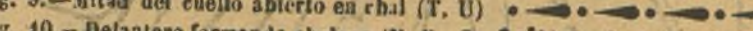
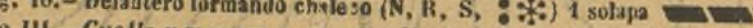
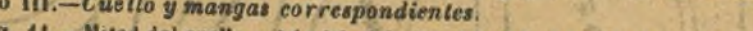






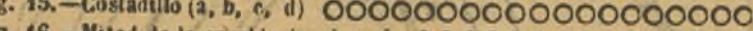
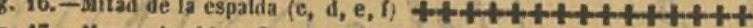

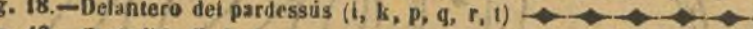
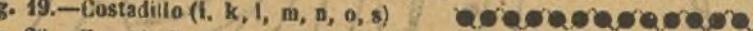
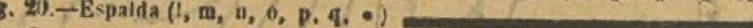
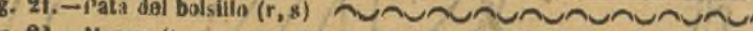
Administracion Plaza de Isabel II, núm. 2.

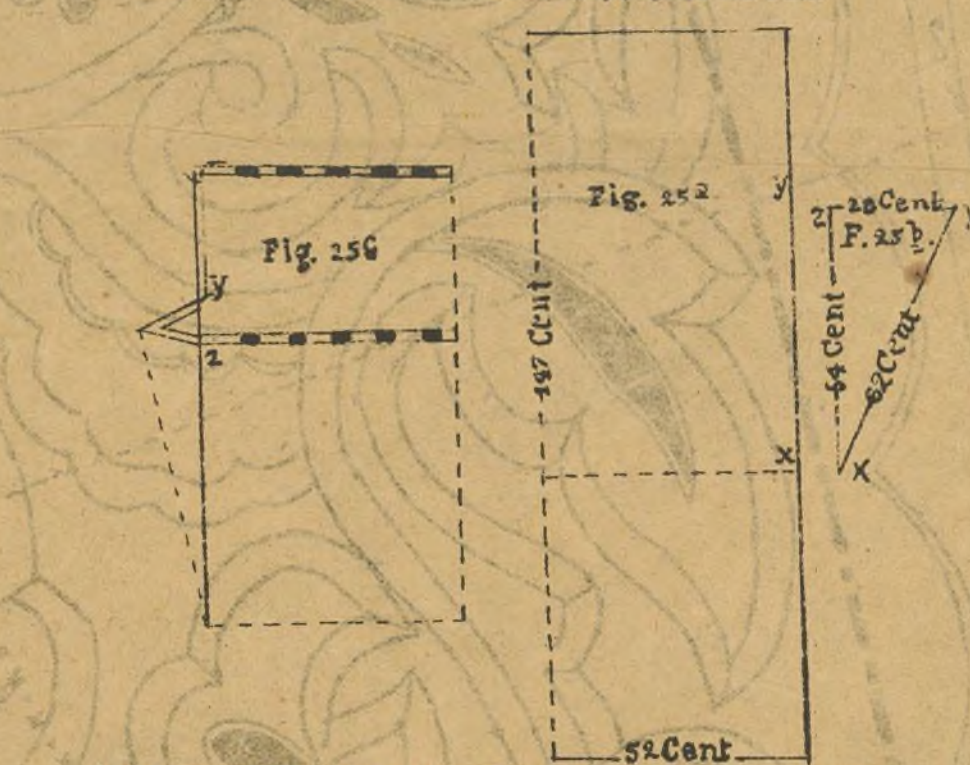
Tip. de G. Estrada C.ª, Doctor Fourquet (antes Yedra), 7.

Editor-propietario: Carlos Grassi.

Número 1.—*Vestido princesa para traje de casa.*
Medidas para la mitad d. el modelo: 43 centímetros de ancho de arriba del cuerpo.
Fig. 1.—Delantalero (A, E, F, G)
Fig. 2.—Codoleta (A, B, C, D, e, f y g) 1 hasta = 2
Fig. 3.—Mitad de la espalda (B, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z, 3 hasta = 3)
Fig. 4.—Manga (G, H, Y, K)
Fig. 1 2 4.—Córquiles de todas las partes reunidas del patron.



Número 11.—*Cuerpo formando por palitos cuadrados y palitos.*
Medidas de la mitad del modelo: 48 escás. de ancho y 73 de alto.
Fig. 1.—Detalle: parte superior del cuerpo (M, N, R, S, U) 
Fig. 2.—Detalle de la espalda (N, O, P, Q) 
Fig. 3.—Detalle de la cintura (R, S, T, U, V, W, X, Y, Z) 
Fig. 4.—Detalle del cuello abrochado en el (T, U) 
Fig. 5.—Detalle del cuello formando el (N, O, P, Q) 4 talpa 
Fig. 6.—Detalle de la cintura 
Fig. 7.—Detalle de la manga (V, W, X, Y, Z) 
Fig. 8.—Detalle de la manga (V, W, X, Y, Z) 
Número 12.—*Cuerpo escotado y palitos, pardiessas para niña de cuatro a siete años.*
Fig. 14.—Detalle del cuerpo (R, S, T, U) 
Fig. 15.—Detalle de la espalda (N, O, P, Q) 
Fig. 16.—Detalle de la cintura (R, S, T, U, V, W, X, Y, Z) 
Fig. 17.—Detalle de la manga (V, W, X, Y, Z) 
Fig. 18.—Detalle de la manga (V, W, X, Y, Z) 
Fig. 19.—Detalle de la manga (V, W, X, Y, Z) 
Fig. 20.—Detalle de la manga (V, W, X, Y, Z) 
Fig. 21.—Detalle de la manga (V, W, X, Y, Z) 
Fig. 22.—Detalle de la manga (V, W, X, Y, Z) 
Fig. 23.—Detalle de la manga (V, W, X, Y, Z) 
Fig. 24.—Detalle de la manga (V, W, X, Y, Z) 
Número 13.—*Pardiessas para niña.*
Para la base del pardiessa vóase los números 15 y 23 anteriores.
Fig. 25.—Chaqueta (K) 
Número 14.—Cuello de un abrigo de cubierta de almohadón.
Fig. 26a.—Modelo del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26b.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26c.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26d.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26e.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26f.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26g.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26h.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26i.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26j.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26k.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26l.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26m.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26n.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26o.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26p.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26q.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26r.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26s.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26t.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26u.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26v.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26w.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26x.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26y.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26z.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26aa.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26ab.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26ac.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26ad.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26ae.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26af.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26ag.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26ah.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26ai.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26aj.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26ak.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26al.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26am.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26an.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26ao.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26ap.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26aq.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26ar.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26as.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26at.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26au.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26av.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26aw.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26ax.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26ay.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26az.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26ba.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26bb.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26bc.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26bd.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26be.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26bf.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26bg.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26bh.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26bi.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26bj.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26bk.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26bl.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26bm.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26bn.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26bo.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26bp.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26bq.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26br.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26bs.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26bt.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26bu.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26bv.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26bw.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26bx.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26by.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26bz.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26ca.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26cb.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26cc.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26cd.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26ce.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26cf.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26cg.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26ch.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26ci.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26cj.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26ck.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26cl.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26cm.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26cn.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26co.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26cp.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26cq.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26cr.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26cs.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26ct.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26cu.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26cv.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26cw.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26cx.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26cy.—Detalle del almohadón (A, B, C, D).
Fig. 26cz.—Detalle del almohadón (A,



La cubierta seorta al hilo, dándole de más para la solapa y completándose con un ángulo; una tira de tela, abrochada por dentro, con ojales hechos sobre el dobladillo que se correspondan entre sí.

DIBUJOS PARA BORDADOS.

Fig. 23 á 28.—Modelo-tipo para cubierta.

Fig. 29.—Parte de bordado para almohadón.

